

La relación entre fe y ciencia

Aecio E. Caïrus

Nota: El presente artículo tuvo su origen en la disertación que ofreció el autor en el plenario de "Ciencia y fe", como parte de las sesiones del 'Seminario de Investigación en las Universidades Privadas', organizado por el CRUP (Consejo de Rectores de Universidades Privadas), llevado a cabo en Buenos Aires, el 25 de junio de 1998.

No sé si podemos hablar en abstracto sobre la relación entre ciencia y fe, ya que hay muchos y diversos tipos de fe y también diversos tipos de ciencia. Quiero, en cambio, referirme concretamente a la ciencia occidental y a la fe predominante en Occidente: el cristianismo.

Plantear así la relación entre el saber de Occidente y la fe cristiana no resulta forzado ni un mero ejercicio teórico. No es ninguna casualidad que la una haya florecido en el terreno donde se implantó la otra. Hay una conexión vital entre los postulados científicos y los principios de la tradición judeocristiana.

El hombre occidental no tiene el monopolio de la inteligencia ni de la habilidad técnica. Basta recordar otras civilizaciones, como la árabe, la hindú y la china, que acreditaron logros tales como la notación matemática posicional con uso del cero, la brújula, el papel, la imprenta de tipos móviles, la pólvora y la balística. ¿Por qué, entonces, la ciencia arraigó más hondo y fruc-

tificó más en Occidente? Al plantearnos esta pregunta se sugiere por sí misma la influencia de la fe de Cristo, al menos como un factor entre otros, a pesar de que en los últimos siglos la relación entre la comunidad de fe y la comunidad científica de Occidente ha sido a menudo una relación de conflicto y de tensión.

Dejando, por el momento, de lado las comparaciones con otras civilizaciones, también podemos preguntarnos por qué en nuestro propio Occidente la ciencia no floreció antes. Cuando pensamos en un Eratóstenes, que calculó correctamente el radio del globo terrestre en el siglo III a.C., o en Herón de Alejandría, que construyó una turbina de vapor en el siglo II a.C., o los otros ingenieros alejandrinos que construían complicados mecanismos de relojería poco antes del inicio de la Era Cristiana, nos preguntamos por qué ese proceso se detuvo en un estado incipiente. Se ha dicho, a menudo, que la abundancia de esclavos desanimaba la creación de máquinas, pero eso, a lo sumo, podría explicar el subdesarrollo de ciertos tipos de técnica, no el retraso de las ciencias de la naturaleza en sus formas más puras. Y no olvidemos que las panaderías de la antigua Roma, pese a la abundancia de esclavos, empleaban amasadoras mecánicas, de modo que nunca hubo esclavos tan baratos que hicieran perder el interés en las máquinas.

Si buscamos, en cambio, la explicación en el mundo de las ideas, no podemos menos que recordar

Aecio E. Caïrus es Doctor en Teología, Master of Arts, Master of Divinity (Andrews University-USA) y Licenciado en Teología (Colegio Adventista del Plata), ex Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Adventista del Plata; se desempeña actualmente como profesor de Antiguo Testamento y Lenguas Bíblicas y Director de Posgrado del Seminario Adventista Latinoamericano de Teología en la Universidad Adventista del Plata.

que, paralelamente, se desarrollaba entonces una filosofía pagana fuertemente dualista, que repartía la realidad entre un mundo superior del espíritu y un mundo inferior de la materia. El saber acerca del mundo físico y biológico adquiría así una posición subordinada y despreciable. La divinidad, en la filosofía griega pagana, se desinteresaba por el mundo físico. No creó la materia, que ha existido siempre, ni la tomaba en cuenta. Los órficos y pitagóricos desarrollaron magníficas elaboraciones abstractas en matemática y música, pero consideraban el cuerpo humano como una auténtica basura, una bolsa de desechos, concepto que repercutió en el ascetismo monástico de la Edad Media.

En contraste, los primeros pensadores del cristianismo, los Padres de la Iglesia Antigua, defendieron el principio bíblico de que Dios es el autor de la materia y del mundo físico. El cuerpo humano, lejos de ser una bolsa de desechos, es una maravilla de la creación, y Dios se interesa tanto por él que, después de su destrucción en la muerte, se ocupará en resucitarlo materialmente el Día del Juicio (la doctrina de la resurrección de la carne). El mundo material no es el mal, como en las filosofías gnósticas que combatían los Padres de la Iglesia, sino que fue creado “en gran manera bueno”. Es el ámbito donde Dios puso al hombre para ejercer un señorío a imagen y semejanza del suyo propio, y donde, si ejerce correctamente esa responsabilidad, se genera el bien común.

Cuando, gracias al puente que ofrecía España entre la civilización árabe y la europea, Aristóteles fue revalorizado en Europa, Santo Tomás de Aquino, un estudioso del antiguo filósofo, destacó el papel del saber obtenido de la naturaleza, mediante los sentidos y la razón, para explicar la misma naturaleza, así como el de la revelación en las Sagradas Escrituras y la Iglesia para explicar las verdades de fe.

Su contemporáneo, Roger Bacon, sentó las bases del método científico moderno y convenció a sus con-

El mundo fue creado bueno, y el trabajo del hombre en el mundo es conforme a la voluntad de Dios, por lo que la ciencia acerca del mundo es un tesoro valioso.

temporáneos de la utilidad de las ciencias naturales. Su famoso dicho, “saber es poder”, es un reflejo directo de la doctrina bíblica sobre el conocimiento. En el libro bíblico del Eclesiastés leemos la siguiente comparación: “si se embota el hacha, y no se la afila, hay que añadir entonces más fuerza; así también implica ganancia afinar la sabiduría” (Ecles. 10:10, NIV y BJ). Otro escrito bíblico, el libro de los Proverbios, reitera: “el hombre sabio es fuerte, y de pujante vigor el hombre docto” (Prov. 24:5, RV).

Puesto que, según la doctrina bíblica, el hombre fue colocado en el mundo para gerenciarlo y dirigirlo, y puesto que saber es poder, se deduce inmediatamente la importancia de conocer los secretos del cosmos para desempeñar eficientemente esa administración que tenemos por delegación de Dios. Estrictamente hablando, entonces, no existen verdades humanas y verdades divinas, toda verdad es verdad divina. El mundo fue creado bueno, y el trabajo del hombre en el mundo es conforme a la voluntad de Dios, por lo que la ciencia acerca del mundo es un tesoro valioso. Y en la convicción bíblica expresada por el apóstol Santiago “toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces” (Sant 1:17, BJ).

Estos conceptos siguen vigentes en las postrimerías del segundo milenio. La comunión de fe que represento, la Iglesia Adventista, es muy pequeña entre las comunidades cristianas y cuenta sólo con unos diez millones de adherentes adultos en todo el mundo. Pero debido a su convicción de la íntima relación entre el saber y la fe, es la iglesia protestante que mantiene el mayor sistema de instituciones del saber en el mundo entero: 84 universidades y 5.700 institutos de enseñanza media y primaria.

Desde los primeros grados, el alumno, en estas instituciones, se familiariza con el concepto de que Dios tiene dos libros para que podamos aprender: la naturaleza y la Biblia. Desde el siglo pasado, cuando esta red de instituciones comenzó a extenderse, la

orienta una serie de conceptos educacionales considerados normativos, entre los cuales espigo algunos:

La ciencia descubre siempre nuevas maravillas, pero en su investigación no obtiene nada que, correctamente comprendido, discrepe de la revelación divina. Cada ser humano, creado a la imagen de Dios, está dotado de... la individualidad, la facultad de pensar y hacer... La obra de la verdadera educación consiste en desarrollar esta facultad, en educar a los jóvenes para que sean pensadores, y no meros reflectores de los pensamientos de otros hombres. En vez de restringir su estudio a lo que los hombres han dicho o escrito, los estudiantes deben ser dirigidos a las fuentes de la verdad, a los vastos campos abiertos a la investigación en la naturaleza y la revelación. (White, 1978, pp. 17, 18)

Aunque hablo de mi comunidad de fe, para poder hablar con entero conocimiento de causa, no me caben dudas acerca de que las otras universidades confesionales aquí representadas tienen similares concepciones. Sé, por los diarios, que los docentes universitarios católicos se reunieron, días pasados, en Huerta Grande, provincia de Córdoba, con el objetivo, según explicó monseñor Karlic, de “custodiar la salud de la inteligencia” en medio de la crisis de la cultura, y orientar la universidad hacia el servicio a la sociedad mediante las ciencias de la materia, de la vida y las ciencias humanas, con la pasión de la verdad de todas las cosas —dijo— que nos lleva a encontrarnos con la verdad del hombre y de Dios (Universidad, Iglesia y Cultura, *La Nación*).

Así comprendidas, la ciencia y la fe están por igual al servicio de la responsabilidad que nos compete como seres humanos. Si alguna vez surgen aparentes discrepancias, sabemos que pueden ser reconciliadas. Es aquí donde nuevamente aparece la investigación en un papel fundamental.

La investigación no es más que la búsqueda honesta de la verdad a través de cualquiera de sus fuentes. En primer lugar, nos hace mejores personas, desarrollando la facultad de la individualidad que Dios nos dio. Desarrolla nuestra facultad de razonar, y por lo tanto, la de distinguir la verdad del error. Es difícil inducir a un buen investigador a seguir ciegamente la costumbre tradicional, en lugar de pensar por sí mismo.

Por otro lado, la investigación también nos hace humildes. Por su metodología propia nos obliga a cues-

tionar permanentemente nuestros supuestos. Aunque la crisis de la cultura, la secularización y su consiguiente relativismo moral, se deben, en gran medida, a las tensiones que surgieron en lo pasado entre los hombres de ciencia y los hombres de fe, en la metodología de la investigación encontramos una base común para buscar con humildad la manera de resolverlas. Es posible que hayamos estado entendiendo mal la Revelación. Es posible que hayamos estado entendiendo mal la naturaleza. Tal vez entendimos mal ambas. Pero estamos convencidos de que la discrepancia surge de un error humano, no es intrínseca a la naturaleza ni a la Revelación. Por este camino, el de la humildad y la responsabilidad personal, llegaremos a una ciencia con conciencia, y a una fe luminosa. Dijo Albert Einstein que “la ciencia sin religión es renga, y la religión sin ciencia es ciega”. En este sentido, es deseable que la pasión por la verdad revelada en la investigación nos haga completos, sin mutilaciones.

REFERENCIAS

White, E. G. (1978). *La educación*. Buenos Aires: ACES.